

Aguilar Torres

Juan B. Aguilar Torres

La majada del cielo



**IN OCTAVO
2021**

Este libro se publica y ofrece gratuitamente a los suscriptores de *In Octavo*, con el único propósito de su puesta a disposición, en el mismo sentido en que lo haría una biblioteca pública. Esto no significa en modo alguno que su contenido haya sido librado al dominio público. Los propietarios de los derechos pertinentes están debidamente consignados. Cualquier uso alternativo, comercial o no, que se haga de esta versión digital o se derive de ella es absolutamente ilegal.

In Octavo

inoctavo.com.ar

Juan B. Aguilar Torres

La majada del cielo

y otros cuentos de Costa del San Antonio



IN OCTAVO
2021

Noticia

Aunque el subtítulo del libro lo promete, no es ésta una colección de cuentos convencional. Se trata más bien de “sucedidos”, narraciones orales propias del ambiente rural argentino, evocativas de algún episodio real, adornado, enriquecido o interpretado por el narrador, expuestas, y también comentadas, en torno del fogón galponero o entre las mesas del almacén o la pulpería. El gran protagonista de estos sucedidos, a la vez como actor y narrador, es el peón rural del sur entrerriano a mediados del siglo pasado, retratado a partir de su lengua y de su mentalidad o su cultura, tal como esa lengua la revela. En la Presentación, el autor reconoce que se trata de “relatos en los que aparecen, transfigurados, sucesos de la propia infancia campesina”. Al término de uno de esos relatos, expone, casi distraídamente, el tono general de su trabajo: “Y esto que termino de narrar ocurrió en mi presencia en las costas del Gualeguay”.

A pesar de ser un libro primerizo, el autor se muestra diestro y seguro en el manejo del lenguaje, el retrato de personajes, la administración narrativa. Se advierte una progresiva soltura en el manejo de giros, acentos o peculiaridades del lenguaje popular, que aparecen primero amparados por las comillas, como pidiendo permiso (“Una copla para don Goyo”), y terminan habitando el estilo con pleno derecho (“La pelea de Cruz Palomeque”). Primera curiosidad de ese estilo: a pesar del ambiente campero, el autor

♦ La majada del cielo

evita cuidadosamente la palabra gaucho, y cuando debe referirse a unos matreros que asolaban la zona, recurre al arcaizante gauderios. Segunda curiosidad: la puesta de cada sucedido bajo la advocación de un autor clásico, sea como ironía (El Julio César de Shakespeare apadrina una partida de truco, por ejemplo) o como intento de darle a la pequeña historia la jerarquía literaria del gran drama.

Poco sabemos de Juan Bautista Aguilar Torres. Sus condiscípulos del Colegio Nacional de Gualaguaychú lo recuerdan como poeta precoz; en sus alumnos del Colegio Nacional de Adrogué quedó impresa la figura de un criollo fiero, de ojos y bigote renegridos, sin concordia con un carácter más bien tímido y candoroso; sus colegas del Instituto de Literatura Argentina de la universidad porteña evocan su porte elegante y su extrema cortesía. Toda su actividad conocida encaja en la década de 1960: La majada del cielo se publicó en 1963, y en 1966 apareció su único poemario, Libro de las presencias. En la revista Jauja, del padre Leonardo Castellani, Luis Soler Cañas destacó su “verso ceñido y pulido” y su “madura conciencia estética”. No hay otros rastros de este escritor, y es dable suponer que Aguilar Torres cedió al llamado del terruño (“Oh casa, mi casa... ¿Por qué me dejaste partir?”) y regresó a la Costa del San Antonio para administrar la hacienda familiar (la figura del padre se adivina en el estanciero Juan Bautista Vilar que aparece en el relato final), pero también para sumergirse en esa combinación de voces, historias y paisajes que lo seducía.

El editor

Índice

Presentación

El aguilucho entre las manos

Las yeguas de Fausto César

El truco de los veteranos

Una copla para don Goyo

La pelea de Cruz Palomeque

El sanjorge

La majada del cielo

Presentación

A fines de 1959 un jurado integrado por Joaquín Gómez Bas, Carlos Mastronardi y Ricardo Maxit adjudicó el primer premio, en el Primer Concurso Bienal de Cuentos Regionales del Litoral Argentino Uruguayo, organizado en Concepción del Uruguay, a un cuento mío titulado “La majada del cielo”.

El cuento, cuyo premio fue desdoblado por paridad de méritos con otro trabajo, era parte de un volumen de relatos de ambiente regional, inéditos en su mayoría.

El hecho auspicioso de que un relato tomado de entre esos manuscritos destinados a permanecer olvidados, fuera tenido en cuenta por tan importante jurado me impulsa a publicar el breve volumen.

Quiero señalar ahora a los posibles lectores, un aspecto al parecer interesante.

Un escritor amigo mío, gran conocedor y agudo exégeta de la obra de Guillermo Enrique Hudson,

indicó coincidencias de contenido entre algunos de los extraordinarios relatos de ese escritor y mis modestos trabajos.

Una pelea similar, pero no idéntica, a la que sostiene Cruz Palomeque con el diablo, ocurre en *La tierra purpúrea*.¹ Se trata del relato de Lechuza en que describe su pelea con un desconocido de cabeza como un yunque, uñas encorvadas y garganta escamosa; también era “clara la noche como de día” y el desconocido estaba detenido con su caballo a la vera del camino.

En este caso, por ejemplo, no puede haber ni siquiera la remota posibilidad de un caso de rememoración inconsciente pues leí el relato de Hudson mucho después de escribir mi cuento.

No he consultado el punto con especialistas en tradiciones nuestras pero supongo que este episodio del jinete detenido en el camino, en una noche de luna muy clara y que pide fuego a los pasantes, con el agregado de la pelea y la suposición de que el desconocido sea el diablo, parece originarse en alguna constante de carácter folklórico.

El cuento fue escuchado por mí de la boca de un viejo criollo en Costa del San Antonio y así pasó a los labios de don Cruz Palomeque en el terreno de la ficción.

1 Hudson, W. H., *La tierra purpúrea*, trad. de Eduardo Hillman, p. 209-210. Buenos Aires, Santiago Rueda, 1951.

Respecto a otras coincidencias más sutiles pienso que de tenerlas en cuenta no podrían publicarse relatos en que aparezcan, transfigurados, sucesos de la propia infancia campesina.

Está el pasaje, por ejemplo, de Pancho, nuestro viejo perro criollo y pescador, cuya figura debería suprimir en mi relato porque a Hudson lo impresionó, en su viaje a Buenos Aires, un perro que extraía peces del río.

Lo que ocurre, sencillamente, es que las infancias transcurridas en el campo, cuando ellas expresan un pasaje alucinante en la totalidad de la vida, son más o menos semejantes. Las situaciones se repiten y, a veces, son captadas por espíritus de, por lo menos, parecida sensibilidad.

Juan B. Aguilar Torres.

El aguilucho entre las manos

¿Qué hay de guerra por allá?

LOPE DE VEGA (Fuenteovejuna)

CASI AL FINAL DE SU VIDA, cuando su vigor físico ya declinaba visiblemente y el pelo, antes renegrido y brillante, se había vuelto, sobre la cabeza orgullosa, blanco e ingrávigo como un puñado de ceniza, don Agustín José de León, antiguo maestro de armas de los ejércitos del rey, primitivo poblador y regidor decano de San José de Gualeguaychú, decidió recorrer a caballo las tierras aledañas para impregnarse por última vez del olor y la frescura de los arroyos y colinas tan amados.

Desde San Borja, en tierra de las Misiones, hasta los dorados medanales del Ibicuy y el laberinto acuático de la desembocadura del Paraná, don Agustín José conocía palmo a palmo el dilatado territorio que enmarcaban los grandes ríos.

Pero eran aquellos Pagos de la Bajada del Paraná los que estaban más atados a su vida. Allí, en las cercanías del río Gualeguaychú, había levantado su hogar junto con otros compañeros. En largas jornadas de labor desmontaron el lugar para conseguir buenas tierras labrantías y construir corrales seguros para el ganado.

Sobre ese primitivo núcleo de población el guatemalteco don Tomás de Rocamora, enviado del virrey, había fundado después la villa, asistido por los viejos afincados.

Ahora, luego de haber galopado unas cuantas leguas sin hacer altos, don Agustín José y su viejo ayudante Serapio Collantes, más conocido por *El Rajuñau*, habían acampado en un hospitalario rincón de las orillas del San Antonio, a la sombra de un gigantesco aguaribay.

Más tarde don Agustín José pensaba visitar a algunos pobladores amigos que vivían en esos lugares inmediatos a la costa del Gualeguay Grande, muchas leguas al noroeste de las tierras de su propiedad.

Toda aquella extensión entre el Gualeguay y el Gualeguaychú —Gualeguay Grande y Gualeguay Chico para los viejos— estaba jalonada por caseríos de pobladores cuyos apellidos sonaban familiares a sus oídos: Gómez, Alem, González, Alcorta, García de Zúñiga, Mosqueira, Aguilar, Landa y muchos otros.

Algunos eran parientes suyos o estaban vinculados con gente de su sangre.

El Calá por el norte y el Gualeyán por el sur limitaban la parte de aquel mundo litoral en que él se movía más cómodamente.

Aquellos apellidos españoles, sazonados en su descendencia criolla por el sol de América, eran go-

♦ La majada del cielo

losamente enumerados por don Agustín José cuando se ponía en trance de narrar las casi increíbles hazañas de los hombres y mujeres de su raza en aquellos lugares que los indios, antes de la conquista, llamaban ya *Lugar de la gente* (Mbiazá).

Mientras desensillaba con cuidado su oscuro patas blancas, después de haber desensillado el alazán ruano de su patrón, *El Rajuñau* miraba de reojo el fuego que había encendido para asar la carne que traía en una maleta de lona blanca y en donde ya se calentaba el agua para la mateada previa.

Soplaba un vientito del sur bastante frío y don Agustín José, envuelto en su vieja capa militar de paño negro, meditaba unos metros más allá, sentado sobre el derribado tronco de un sauce.

Después de hacer beber los caballos, *El Rajuñau* se acercó a revolver el fuego con la hoja de su daga y se dirigió después a don Agustín José:

—¿En qué piensa, patrón?

El anciano volvió a medias el rostro curtido por los soles y la intemperie y respondió:

—Pienso en los viejos tiempos, *Rajuñau*. En los tiempos que no volverán.

Por la mente de *El Rajuñau* desfilaron en rápida sucesión las épicas escenas del pasado. Las luchas sin cuartel contra los depredadores portugueses. Las interminables guerras contra los minuanes ¹ cuyas bolas de piedra sembraban el espanto y la muerte.

1 Grupo indígena que habitaba en el sur de Entre Ríos. (N. del E.)

—Yo estoy cansau, patrón —dijo entonces—. A los viejos como nosotros sólo nos queda esperar la muerte sin calentarnos mucho.

Después de pronunciar estas palabras el paisano tendió a don Agustín José el gran mate de plata y oro que, junto con la bolsa de cuero de gato llena de yerba, no podía faltar en viajes así. Antes de llevarse la bombilla a la boca el anciano murmuró con una vaga sonrisa :

—No aflojes ahora, *Rajuñau*. Nunca hay que confiarle a nadie que hemos perdido las ganas de jugarnos la vida. Eso es deshonroso para los hombres de verdad.

El rostro del paisano parecía más serio que nunca cuando contestó:

—Yo he peliau mucho en esta tierra, patrón. Con cristianos, con infieles y con bichos de tuita laya. Cuando usted me conoció en Yapeyú yo no estaba ansina. Aura tengo la cara más labrada que los melones de doña Tadea Luengo. Usted bien sabe que tengo estas marcas por haberme trezau con liones y con tigres y por haberles demostrau a esos bicharracos que Serapio Collantes es guapo sin güeltas y que nu hay otro que lu iguale en tuito el virreinato.

Y no exageraba el viejo criollo Serapio Collantes. Don Agustín José lo había visto pelear contra un yagueté cebado en un estero santafecino. Armado de su cuchillo había esperado varias noches a la fiera para evitar que les siguiera asustando los caballos.

Antes del choque la panza blanca del gatazo temblaba como los ijares de un potro cuando el domador se acerca por primera vez. Al poco rato daba vueltas por el suelo una enorme pelota de sangre y lodo en la cual no se distinguía ya ni la piel manchada del tigre ni la forma humana del paisano.

Cuando lo recogieron medio moribundo Collantes señaló al yagueté que yacía inmóvil a su lado con cerca de cuarenta puñaladas mortales agujereándole los flancos.

En otra ocasión habían tenido que enfrentar, en las orillas del Mocoetá, a ocho gauderios de la peor especie, antiguos desjarretadores de ganado cimarrón que se dedicaban a robar y asesinar viajeros desprevenidos en los Pagos de la Bajada.

Ligero como una luz, *El Rajuñau* se había desprendido las nazarenas y había sacado la famosa daga que llevaba en la pierna, a la antigua usanza, atravesada en la cinta de su calzoncillo con fleco.

En la primera atropellada *El Rajuñau* despachó a tres de aquellos brabucones y el trabuco naranjero que don Agustín José siempre llevaba consigo completó la obra dispersando a los restantes.

La voz del paisano arrancó a don Agustín José de su rememoración:

—Yo no tengo miedo ni al rey, patrón —y guiñando un ojo al tiempo que lanzaba una carcajada repitió—: Ni al rey.

El anciano levantó los ojos al puro cielo de octubre en donde el sol alcanzaba su cenit:

—Tienes razón, *Rajuñau*. Aquí en estos montes del Gualeguay los hombres nos sentimos tan libres que no tenemos miedo ni al rey...

Serapio Collantes llenó otro mate y comenzó a tomarlo pensativo. Al terminarlo insistió:

—Pero yo estoy cansau de peliar y peliar. Ayí en San José me estoy acostumbrando a manejar el arau como Dios manda. Yo pienso que la tierra ha sido criada pa que los hombres la reguemos con el sudor del trabajo y no con la sangre de la pelea.

El viento del sur agitó con fuerza las ramas del talar cercano y don Agustín José tuvo que levantar la voz para contestar :

—Ya no habrá más guerras, *Rajuñau*. Vienen largos días de paz. A veces me gustaría volver a España y morir allá en el rincón natal, entre mis amigos castellanos.

—No habrá más guerras, no habrá más guerra —comentó como en una letanía Collantes.

—Y sin embargo...

La voz de don Agustín José de León, antiguo maestre de armas de los ejércitos del rey en las Indias, se dulcificó de pronto y sus ojos se entrecerraron para que su espíritu pudiera sumergirse totalmente en la nostalgia de la evocación.

—¿Y sin embargo qué, patrón?

—Nada... He pensado en mis días en la costa del Uruguay, allí en las Misiones. No puedo olvidarme de mi amigo el teniente gobernador. Él ya estará en España con su familia.

—¿Y no piensa en su ahijau?

—¿El niño, dices?

—Sí. El niño que usted apadrinó. Aura no recuerdo su nombre.

En ese preciso momento el anciano pensaba en la gran iglesia de Yapeyú con sus preciosos retablos y los santos y ángeles piadosamente tallados por los indios en las ricas maderas de la región.

Junto a la pila bautismal él sostenía al niño mientras el sacerdote musitaba los latines litúrgicos, que desgranaban su desconocida melopea en sus rudos oídos de soldado.

El teniente gobernador y su esposa, con la cabeza inclinada piadosamente, parecían también figuras talladas en madera y sumergidas en la penumbra azul del templo jesuítico.

—Era un hermoso niño mi ahijado...

—¿Lo volverá a ver algún día, patrón? —musitó impensadamente Collantes.

—No creo. Yo siento que el fin de mis días está cercano. Ellos tal vez no vuelvan más de España.

—Cuando ese niño sea hombre a lo mejor vuelve.

—Tal vez, *Rajuñau*. Tal vez...

La voz de don Agustín José parecía quebrarse cuando añadió:

—Era un niño muy pequeño el que yo levanté en mis brazos aquella tarde en Yapeyú, pero sus ojos eran tan brillantes y profundos que me sorprendieron.

—Parece que no puede olvidarse de su ahijau, patrón.

—No, *Rajuñau*. Aquel día en la iglesia me pareció que entre las manos tenía un aguilucho. Un aguilucho cuyas alas crecerían algún día enormemente y que se remontaría muy alto. Cuando salimos algunos indios se acercaron a mirar al niño. Entonces yo pensé en una larga guerra, *Rajuñau*. Una larga y hermosa guerra en la que no pelearíamos nosotros pero sí nuestros hijos y nuestros nietos.

El *Rajuñau*, en silencio, se acercó al fuego y le agregó unos trozos de madera de espinillo.

Entretanto el arroyo San Antonio deslizaba sus aguas transparentes y tachonadas de lumbre solar a los pies de don Agustín José de León, el padrino del general San Martín...

Las yeguas de Fausto César

¡Oh acto impío, que encierra todos
los desastres odiosos!

SHAKESPEARE (La violación de Lucrecia)

OCHO HERMOSAS YEGUAS alazanas formaban la tropilla de Fausto César. No era éste hombre de a caballo ni necesitaba, al parecer, de tal medio de locomoción, pero no se desprendía de su tropilla y la fama de su loco cariño por ella se extendía mucho más allá de las costas bravías del Gualeguay.

Comentaban las malas lenguas que el hirsuto habitante del Puesto Chico se había negado redondamente a vender ninguno de sus animales a los poderosos dueños de “La Milagrosa”, en la horqueta del Gualayán, cuando ellos atraídos desde tiempo atrás por la hermosa estampa de las yeguas de César, llegaron hasta allí pretendiendo comprarle alguna.

En la larga jarana de los boliches, el paisanaje recordaba el episodio entre carcajadas y alusiones muy frecuentes e intencionadas al gran amor de César por su tropilla.

El tal César era, por otra parte, un hombre solitario y bastante raro. Fuerte y retacón se destacaba por el pecho amplio y el brillante pelo ensortijado

♦ La majada del cielo

encimándosele sobre las orejas. Las orejas de César constituirían, aparte de esto, un enigma. Todo a causa de la oreja izquierda con aquel violáceo desgarrón en el lóbulo.

Aniceto Santana juró en el almacén de don Cosme que la cicatriz se debía a un hachazo propinado por un forastero a causa de una taba *chiva*¹ en el Rincón de Calá.

Otros, más ladinos, afirmaban que la cárdena huella habíase originado al arrancar alguien con violencia un aro de oro que allí ostentaba el bárbaro de César. Pero estos últimos no aclaraban nunca el real motivo del percance. Para unos era la taba *chiva*, para otros una cuestión de *poyeras*, muy lejos al norte, entre los palmares legendarios de Montiel.

—Es medio gitano el chinazo ese —mascullaba don Cosme, bebiendo su quinta ginebra del día.

Por una costumbre ya inveterada don Cosme bebía una copa con cada uno de los clientes que se acercaba al mostrador de su boliche. El buen viejo no le hacía asco a nada. Cuando Nicandro Requena pedía “una güelta ’e caña pa tuitos y tamién pa’l boliche”, don Cosme, sin titubear, *le hacía gasto*. Y si la vuelta era de vino carlón y la pagaba el vasco Arrúa al poco rogado don Cosme le daba lo mismo.

Nunca lo vieron sin embargo beber a la par de César. Y el peligro de que tal cosa ocurriera dismi-

1 Taba cargada.

♦ La majada del cielo
nuía a causa de la muy poca amabilidad del habi-
tante del Puesto Chico y de su inquietante silencio.

Marcos Paiva contó en una oportunidad algo
acerca del interior del rancho de César:

—Parece mesmamente un cambalache —dijo, y
luego agregó entre risotadas—: Junta caracoles, cu-
charitas del agua y botones. ¡No sé pa' qué caracho
quiere tanta basura!

Todos los presentes arrimaron sus cabezas clinu-
das a la boca sinuosa del charlatán:

—Ha colgau chucherías de tuita laya. ¡Debe ser
medio loco el reyuno ese!

—A lo mejor jue veneno l'agua que lu hizo cres-
tiano —comentó el viejo Ponce, mientras picaba ta-
baco sobre el mostrador.

Todos se callaron aquel día, como a un conjuro
mágico, cuando la oscura figura de César se recortó
en el marco de la puerta. Detrás suyo la deslumbran-
te luz del día pleno inundaba los campos de sosiego.

No pudieron pues referirse al tema que todos
querían comentar: la tropilla.

El rancho silencioso de César se levantaba en
un claro del retorcido monte de talas. Allí el arroyo
San Antonio formaba una rinconada con el Brazo de
las Colmenas.

En los atardeceres solía escucharse un extraño
canto que remataba en un alegre alarido de pelea,
en un grito incomprensible y arrebatador.

—Es el indio César —decían las chinas de la estancia—, es el indio César qui anda juntando su tropiyita.

Las mujeres también comentaban las costumbres de César. Ellas lo hacían en voz baja, a la hora de amasar o cuando lavaban la ropa en el vado.

—Es un negro chanco —afirmaba Juanita, la entenada del viejo Beli—, un negro sucio que nunca buscó poyeras.

Alguna lo defendía sin convicción:

—Mirá qui a mí me dijieron que le hachieron la ureja por una mujer.

—No seas pavota —insistía Juanita—, yo sé muy bien lo que es el negro ése. ¡Las yegüitas que tiene no son p'andar a caballo...!

Reían todas cubriéndose la boca con las manos, mientras el arroyo San Antonio corría blanda, luctuosamente, entre los talares, hasta perderse allá arriba en los salvajes enredos del Gualeguay, suavizados a trechos por las flores del ceybo y del burucuyá.

Fue en agosto de aquel año que murió César.

Días antes lo habían visto muy atareado arreado su tropilla de alazanas por el camino de la costa.

A Juanita y a Tadea, que lavaban un poncho del patrón en la orilla del Brazo de las Colmenas, les llamó la atención ver una yegua nueva. Era de pelaje oscuro. Sombría y acogedora como lo noche misma.

César corría entre los animales agitando una rama de sauce. Estaba más gordo, más torpe y sus ojos brillaban como los de un loco.

Don Rosendo Beli lo encontró boca arriba entre la paja brava. El rostro moreno del indio César no era en ese momento fácil de reconocer. Sólo la oreja de la cicatriz cárdena permanecía intacta.

El cuerpo estaba allí horriblemente pisoteado y mordido. Una cox tremenda lo había prácticamente despanzurrado. Un círculo verde y rojo marcaba netamente el contorno del golpe sobre la camisa clara.

Un poco más allá, en el vado, con las patas delanteras sumergidas en el agua opalina, estaba el cadáver de la yegua oscura.

En la blanca arena de la playada habían quedado impresas infinitas huellas de cascos que se entrelazaban en un loco dibujo laberíntico, como si allí, por la noche, en la soledad agreste del pajonal, hubiera danzado a la luz de la luna, una tropilla de yeguas alazanas ...

El truco de los veteranos

¡Basta! ¡Vamos a la cuestión!

SHAKESPEARE (Julio César)

TENÍA NOVENTA Y OCHO AÑOS bien vividos don Sixto Maidana. La rúbrica de ellos era la cicatriz de un chuzazo, que le zigzagueaba como un refucilo desde la rodilla hasta el calcañar de la “pata zurda”.

Cuando contaba, en rueda, sus hazañas guerreras, no lo hacía con mucha precisión. Mezclaba en la misma evocación batallas grandes con olvidables escaramuzas y siempre terminaba describiendo, con lujo de detalles, cómo había enlazado un cañón a los porteños en el Rincón de las Yararases, arrastrándolo luego entre la loca gritería de la montonera, hasta terminar quebrando las manos a un toro yaguané entre los enredos de la costa.

Del mayor Nicomedes Coronel, impasible ejecutor de la muerte de don Justo José, decía con su peculiar candor:

—Este Nico era más malo qui un león, y blanquito y lindo 'e cara como una niña.

Don Sixto había sido en la mocedad lejana amigo y confidente de López Jordán. Además como “nu era soldau al cuete, dentrabá en todas”.

En el boliche de don Julián Lúbich, la muchachada de *Los Rincones* solía pagarle unos cuantos vinos y entonces el viejito se largaba a hablar de “las guerras”:

—Yo andaba a veces medio pobrón —decía—, pero siempre tenía mis güenos cabayos. Cuando mi alcé de la estancia del finau mi padre yevé dos aperos 'e primera: uno pa'todos los días y otro 'e paseo. El de paseo era un primor: cojiniyo 'e dos haces, blanco y azul, sobrepuesto 'e cuero 'e ciervo adornau con tigre y una sobrecincha 'e manate con yapas 'e charol que mi había tejido mi hermanita Nicasia, ánimas benditas. Sobrecincha ya naides usa y menos comu aqueya qu'era una compadrada. Yo supe ser cristiano fantástico, muchachos, y nunca mezquiné coscoja ni pontezuela al freno de mis mancarrones.

Su entusiasmo solía declinar ante el recuerdo de circunstancias adversas. En sus ojos cansados aparecían entonces desconsoladas y extemporáneas brumas.

—Una vez, en una sorpresa, me limpiaron todas mis pilchas y tuve que rimediarne después con unos cueritos 'e carnero con las garritas sin recortar, unos güesos 'e caracú comu estribo, un bastito 'e carro... y a peliar. Con unas boliadoras, una tacuara y un güen cuchillo pa' tranquilizar los más cosarios no había pa' qué calentarse. En mis tiempos, dejuero, una tijera d'esquilar valía más en la punta di una caña qu'en en un corral.

Aumentaba el interés de los circunstantes cuando tomaba parte en la reunión don Eulogio Cepeda —el negro Cepedita o Cepedita viejo— con sus 79 tumultuosos inviernos a cuestas. Las aventuras de Cepedita eran, empero, de otra índole: contrabandos o desplumadas de incautos en las carpetas de media provincia. En sus relatos, más que la lanza intervenía la pistola de dos tiros. Los encuentros “di hombre a hombre”, sin apartadores, ocupaban el lugar que tenían las guerras en los casi desvanecidos recuerdos de don Sixto.

Según mentas, don Eulogio debía dos muertes. Era un hombrecito oscuro y esmirriado. En su arrugado rostro simiesco de zambo viejo, sus ojos antes inquisidores y audaces se revolvían entre una creciente molestia de cataratas. Un único mechón amarillo exornaba su cráneo y de sus manos débiles se caían, solos, los naipes.

Don Sixto exhibía, en cambio, trazas de haber sido mozo bien plantado. Dura faena habían realizado los años para poder encorvar sus anchas espaldas de guerrillero y para violentar con temblores la probada firmeza de su pulso. Ahora, cuando se llevaba a los labios el vaso de bebida, solía humedecerse los dedos con el líquido derramado.

Magnífico ejemplar de criollo puro, derivaba hacia la centena lleno de una pausada dignidad y bebía y pitaba como en sus mejores tiempos. Es claro que se veía obligado a fumar “di atau como los manates”. El pulso trémulo y el tacto desparejo le im-

pedían armar como antes sus propios cigarrillos. Fumar de paquete era costumbre que no le agradaba. Le parecía fumar “di arriba”. El cigarro armado sabiamente en los largos ocios de los campamentos se apreciaba sin duda mejor.

¡Qué tiempos aquellos! Los caballos, insomnes en la ronda abierta, y extrañas poblaciones de ponchos y de lanzas atajando el relente de las noches anteriores a los entreveros.

—La joventú di aura —afirmaba don Sixto— no tiene nada que hacerle con la di antes. Aqueyos eran hombres de verdá, capaces de cualisquier cosa. Mozos delicaus pa'l trato pero qui un redepente salían a las piruetas arriba di un potro y nu hacían mal papel. A mi tío Tadeo, con todo lu alarife qu'era, lo jusilaron por correr carreras con un cabayo 'el ejército.

Don Sixto se entusiasmaba en grado sumo cuando señalaba los méritos de su generación de centauros.

Leiva chico lo hacía enojar a veces:

—Eran unos bárbaros en su tiempo, don. Capaces de largarse a boliar yeguarizos con bolas 'e plomo por el gusto 'e quebrarlos nomás.

—¡Hablame vos de boliadas, tapichí! ¹ —contestaba el viejito—. Mirá, tres marías con bolas 'e ñandubay y di algarrobo tenía como veinte, y cabayo

1 En guaraní, ternero nonato. (N. del E.)

♦ La majada del cielo

que boliaba era como si le engolviera las patas con una ramita di unco. Pa' eso taban bien retobaditas siempre. Pa' los ñanduces sí he usau de plomo y de piedra. Tamién pa' lujo supe tener 'e marfil con abrazaderas 'e plata, pero nunca las usé. De pinturero qu'era las yevaba encima.

Por lo bajo los amigos lo apuraban a Leiva chico:

—Seguile buscando la boca al viejo.

—¡No se joroban! Este camatí 'ta toriau y no me gusta hacerme retar por viejos. ¡A mí ni tata mesmo!

Las reuniones en el boliche de Lúbich resultaban pues muy entretenidas.

Don Sixto y Cepedita solían entablar largos y pintorescos diálogos, y de la holgazana rueda de auditores comenzaban a azuzarlos como a dos viejos gallos de riña para reírse luego a hurtadillas.

Un domingo luminoso de setiembre lograron que se trenzaran los viejos en un truco mano a mano: por un cilindro de yerba y “a cara 'e perro”.

—A mí no me gusta agarrar el naipe al cuete — afirmaba don Sixto, y Cepedita, veterano de partidas remotas en que se jugaron estancias, musitaba con blanda ironía dirigiéndose vagamente a los mirones:

—Yo, casualmente, siempre jugué pa' pasar el rato...

La partida marchaba bastante bien. Cuando Cepedita ligaba alguna flor, en lugar del archisabido

♦ La majada del cielo

Por el río Paraná / venía navegando un piojo..., utilizaba, entre carcajadas, una variante aprendida de la actual generación de la Costa:

*Viniendo de Güenos Aires
en la lancha Galofré,
casi me caigo 'n el agua
por darle una flor a usté.*

Don Sixto era más expeditivo. No le gustaba el truco “conversau”, y vuelta a vuelta interrumpía a Cepedita con la voz engolada por un encono secreto:

—M'está pareciendo, amigazo, que sus mentas no tienen jundamento. ¿Hablabas usté tanto cuando se jugó la tropiya 'e lobunos 'e su suegro?

Cepedita, sin hacerle mucho caso, insistía. En una mano, a un furibundo truco de don Sixto, que ligaba a más y mejor, contestó Cepedita con un vehemente “quiero y *returco*”.

A don Sixto se le trabó el “quiero” y un coro de carcajadas se levantó del grupo que rodeaba la mesa.

Don Sixto se contentó con “tirar los porotos” correspondientes al “quiero”, pero el “*returco*” lo dejó con la sangre en el ojo.

La cuestión tomó un feo cariz al gritar Cepedita “*relambido*” por “real envido”. Aunque con voz inocentona aclarara luego:

—Nu hay nada dicho, nu hay nada...

Don Sixto se puso de pie con la pulgarada de impetuosidad que le permitían sus viejos huesos. Ma-

noteó las bazas impelido por irresistible impulso y destruyó los pintados cartones ante la mirada atónita de los contertulios. Miró a su contrario, que no sabía qué partido tomar, con una terrible mirada de desprecio, y así fue como el negro Cepeda, después de muchos años de azarosa y fiera peregrinación por mesas de juego, cuadreras, jugadas de taba y partidas de billar; después, en suma, de infinitas peleas y meditadas horas de presidio, con setenta y nueve años encima, escuchó de labios de don Sixto Maida-
na, viejo de guerras, el insulto increíble:

—Esto me pasa, caracho, por sentarme a jugar a la baraja con chiquilines...

Una copla para don Goyo

...dixo “vençudo so”

(Poema del Cid)

VIVIÁN ESPIÓ EL GRUPO desde la entrada de la carpa. Era un chinito tímido, cachetudo, con el pelo cortado al rape unos días antes, erizado ahora como las cerdas de un cepillo.

Adentro estaba el paisanaje bebiendo. La voz burlona de don Goyo Gaitán se destacaba entre todas las otras. Era el centro de todas las atenciones. Un coro de carcajadas cercenaba sus embebidas ocurrencias antes de que terminara de largarlas.

Vivián retornaba de sus largas andanzas por la arboleda buscando huevos de pirincho para enhebrarlos, ya vacíos, en livianísimos e inútiles collares. Estaba ahí, todo tembloroso, con su botín envuelto en un pañuelo de espumilla color vinoso, sin atreverse a entrar.

Alguien se encargó de hacer notar al viejo la presencia del recién llegado. La burlona voz de don Goyo llegó entonces a los oídos temerosos de Vivián, preñada de pequeñas, de oscuras amenazas:

—Dentrá gurí 'e porra. No ti hagás de rogar. Aquí tenés vino, caña, ginebra, anís, lo que se te ocurra.

El niño se acercó al grupo con cierta hipnotizada indecisión. Los ojos verdes y hondos del viejo —ojos de búho casero— parecían llevarlo de la mano hacia el centro de la terrible rueda de tomadores.

Todos ellos, con avidez cobarde, esperaban la salida ocurrente que confirmara una vez más la fama de gracioso que tenía don Goyo ante el paisanaje de “Los Rincones”. Al fin brotaron de su boca, lerdas pero seguras, las palabras esperadas:

—¡Linda cabeza p’hacer queso ’e chancho!

Vivián sonrió dolorosamente entre el riserío obsecuente que levantaron aquellas palabras.

—Acercate un poquito. No sias cosario.

Vivián no obedeció esta vez. En la penumbra, su figura de once años era casi grotesca. El pecho estrecho, las piernas torcidas, la cara rubicunda, redonda, brillante de transpiración.

—Pero qué cara, che. Ansina tuita sudada parece mate ’e carnicero.

Cuatro paisanos que jugaban al truco cerca de la larga mesa de algarrobo que hacía las veces de mostrador, se ahogaban de risa sobre la última baza. El viejo, consciente de su éxito, clavaba su redonda mirada de lechuzón de las costas en los ansiosos rostros que lo rodeaban.

El entenadito de don Julián el bolichero se había convertido, desde hacía algún tiempo, en el blanco preferido de las festejadas apreciaciones del implacable don Goyo Gaitán.

Muchas amistades había perdido, dicho sea de paso, el feroz viejo por culpa de aquella maldita costumbre de “chichonear” a todo el mundo. Algunos, en ocasiones, se le habían “retobau fierazo”.

Dos años antes, por ejemplo, el finado Gil Gómez, que era un hombre “muy diablo y ligerón pa'l cuchiyó”, casi lo había mandado al otro mundo en un campamento de trilla, para que diera bromas a los diablos del infierno. Gómez era un uruguayo con fama de vulgar fanfarrón pero muy peligroso en el terreno de los hechos. Circulaba, por lo demás, cierta habladuría cuya sola mención ponía al oriental fuera de sí y lo convertía en un bicho muy bravo.

El cuento había sido traído desde la otra banda por un negro de Paysandú al terreno propicio de una reunión política. Aludía vagamente al robo de un mate con boca de oro antes de que sorbieran por completo su contenido líquido. De todo aquel intrincado asunto —posiblemente sólo un intencionado mito para soliviantar las “compadradas” del uruguayo— había quedado un angustiado dicho: “Aguas turbias, dijo Gómez, y se había echau el mate al bolsillo”.

Don Goyo, audaz como era, largó el cuento y el corolario en presencia del mismo protagonista, en el fogón de una trilladora.

El uruguayo no estaba para bromas ese día, y echando mano al cuchillo, saltó al campo libre; relampagueantes los ojos, clavado en el rastrojo amarillo, cuentan que gritaba:

—Vení a peliar caquita, viejo pura boca.

Según las versiones más autorizadas, el de los cuentos “se dentró a los palos”.

—Es un hombre d’edá, respeteló —le pidieron, y el oriental contestó “hecho una fiera”:

—Mejor si es viejo, puede que tenga güena espe-
rencia pa defenderse el cuero.

Don Goyo, por si acaso, no aceptó el desafío, hu-
bo apartadores no del todo necesarios y el guiso cal-
dudo se enfrió en los platos aquella noche.

Tales accidentes jalonaban la andariega vida de
don Goyo Gaitán y, para evitarlos en lo sucesivo, no
había encontrado mejor expediente que “cargarle la
romana” al entenadito de don Julián el bolichero.

Vivián, que cursaba el tercer grado en la escueli-
ta rural de “Los Rayos” y había escuchado de labios
de la “señorita maistra” la lectura de versos hermo-
sos y de relatos extraordinarios —*Robinson Crusoe*,
Gulliver, *Corazón*—, era la víctima propiciatoria de
aquellos jocosos semianalfabetos.

“Nariz ’e refalada ’e carpincho”, “boca ’e rajadura
’e sauce”, “sos más fiero que correr un negro ’e noche
en tierra arada”, “che, pero qué linda boca tenés pa’
jugar al sapo con tortas fritas”, tales eran los dichos
que amargaban al pobre Vivián y matizaban las ale-
gres horas del almacén.

Aquel día era de carreras grandes y como el local
del boliche no era muy amplio, don Julián había ape-

♦ La majada del cielo

lado como otras veces a la gran carpa de lona encerrada, cuyo cobijo generoso daba a la presencia de don Goyo un acentuado toque de espectáculo circense.

Don Goyo sabía vida y milagros de todo el mundo y, además, pocas situaciones o detalles escapaban a sus singulares dotes de caricaturizador ingénito. Pero también es cierto que nadie puede escapar del brete del latigazo bíblico: “*El que esté exento de culpa, etc., etc.*”

Corría pues a espaldas del viejo una versión sumamente pintoresca y, ya que estamos en este tren, cuasi bíblica, de cierto lejano acontecimiento de que fuera protagonista don Goyo.

Parece que muchos años antes don Goyo “había muerto” de una repentina y misteriosa enfermedad en su rancho de “Los Rincones”. Amigos suyos que estaban de visita lo velaron y lo cargaron después en un carrito “emprestau”, para llevarlo al pueblo cercano y darle sepultura como corresponde a un “güen crestiano”.

Allí iba el cuerpo del “finadito” violentamente zarandeado y haciendo honor a un dicho mil veces repetido por él: “De un lau pa'l otro como sapayo en tumbero”.¹

No habían recorrido tres leguas cuando, después de violento barquinazo, el “finado” se sentó y pegó un grito:

—No se apuren cumpitas que entuavía resueyo...

1 Carro tumbero. Pequeño vehículo rural de varas. (N. del E.)

Los amigos, que nada entendían de *shocks*, catalepsias y demás menudencias clínicas, se agacharon a disparar campo afuera y el viejo les gritaba, vencedor tremendo sobre su carro de guerra:

—¡No juyan, gayinas, los muertos no hacen mal a naides!

Importa consignar, a guisa de importantísimo dato para saborear lo que va a venir, que jamás nadie se había atrevido hasta el momento a recordar tan feliz suceso en presencia del nuevo Lázaro, no tanto por miedo a su cuchillo, que sólo cortaba asado, como a su muy peligrosa lengua. Pero aquel día estaba de Dios que alguien había de vengar tan reiterados agravios a la gente de “Los Rincones”.

El paisanaje se puso repentinamente serio cuando Vivián, abandonando su habitual timidez, se acercó a su padrastro y le dijo con voz de súbito ahombrada y resuelta:

—Déme la guitarra un ratito, tata.

No tardó mucho el pobre don Julián en satisfacer el pedido de su entenadito y éste, después de iniciar uno de esos acompañamientos que sirven para acompañar cualquier cosa y que en “Los Rincones” saben tocar hasta los gurises chicos, se largó a cantar la siguiente copla, que pasaría rápidamente a la inmortalidad:

*Tres cosas en este mundo
He visto resucitar:
Carnaval y Jesucristo
Y el viejo Goyo Gaitán...*

Un silencio sepulcral, como convenía al tema tratado, se extendió, después de aquella osadía tremenda, por el interior de la carpa. Alguien, allí en el fondo, creyó al fin necesario reírse por lo bajo, luego de una tosecilla premonitoria. Inmediatamente después de esa “tantiada” toda la gente reunida en el lugar llenó el aire con carcajadas, sino bíblicas, homéricas.

Don Goyo intentaba sonreír con una miserable sonrisa de confundido. Si los perros apaleados sonrieran lo harían como lo hizo don Goyo Gaitán en aquella ocasión memorable.

Vivián, ya sin candor, puso suavemente la vihuela sobre la mesa entre los vasos manoseados y, cual un nuevo Juan sin Ropa —un Juan sin Ropa de prosapia entrerriana—, se retiró a proseguir saqueando nidos de pirinchos. El viejo había quedado mudo y, aplicándole uno de sus dichos dilectos, “más serio que cuzquito en camalote”.

En “Los Rincones” había nacido un poeta, y un mordaz había sido acallado por el resto de sus días.

Y esto que termino de narrar ocurrió en mi presencia en las costas de Gualeguay.

La pelea de Cruz Palomeque

¡Viva aquél que se mantiene animoso!

GOETHE (Fausto)

CAÍA EL AGUA A TORRENTES. Alrededor del fogón el paisanaje, en silencio, fumaba y tomaba mate. De cuando en cuando borboteaba la ginebra de un porrón en una boca sedienta.

Don Cruz Palomeque, envuelto en su negro poncho de lluvia, trenzaba un lazo en un rincón de la cocina.

Ladraron los perros enloquecidos al oír el inquietante chapaleo de una cabalgadura que pasaba al galope por el callejón.

—¡Fieraza la noche 'e porra! —murmuró Santos Cáceres, uno de los mensuales de la “Santa Genoveva”. Un relámpago seguido de un trueno ensordecedor iluminó fugazmente el campo anegado.

—¡Santa Bárbara bendita! —rezongó don Cruz en su rincón. Después recayó otra vez en su hosco silencio. Porque en verdad hablaba muy poco don Cruz Palomeque.

—A ese bicharraco le comieron la lengua los cuises —solían decir los que lo conocían poco. Pero la

♦ La majada del cielo

peonada vieja sabía que cuando el viejo estaba en vena “hacía” muy lindos cuentos y era capaz de animar cualquier fogón.

En eso entró en la cocina el negro Evaristo Loza como impelido por el ensordecedor trueno que precedió su llegada. Era negro del todo Evaristo Loza. Negro como la noche tempestuosa, como el carbón. Negro como la negra conciencia del viejo Cruz Palomeque con tantas muertes encima. “Negro ’e raza” sí, pero corajudo, leal y amigo de hacer gauchadas. En “Los Alcaraces” tenía amigos “a bocha”. Todos debían algún favor al negro Loza. Las mismas mozas del pago no lo miraban con malos ojos pese al color.

Comentaban las malas lenguas que Clarinda Sosa, la menor de las hijas de don Eulogio Sosa, estaba metida, a la fuerza, en un convento de Villaguay, por causa de sus amoríos con Loza.

Parece que el viejo Sosa los había sorprendido muy abrazaditos en el monte, mucho más allá de los hornos de carbón. El negro había dado a su “prienda” un “cogoyo ’e caranday” en la punta del facón y ella mordisqueaba riendo el corazón pálido de las palmeras salvajes.

De aquel idílico momento saltó a “mesturiarse con las monjitas”. Cosas de la vida. De la bárbara alegría del monte primaveral a la hosca y enjalbegada soledad del orfanatrofio. ¹

1 Palabra italiana: orfanato. Versión incorrecta muy común en Italia de *orfanotrofio*. (N. del E.)

Por eso andaba triste Evaristo Loza y con ganas de retornar a su San Antonio natal, volviendo cualquier día el galope de su azulejo hacia el sur lejano. Por eso, después de colgar su poncho empapado de lluvia en un rincón de la cocina, se puso a tomar silenciosamente un mate, en cuclillas junto al fogón, mientras afuera seguía cayendo la lluvia sobre el monte silencioso.

Nadie hablaba. Santos Cáceres se dirigió a Evaristo después de un rato:

—Andás tristón, negro. ¿Nu has olvidau entuavía la priendita aqueya?

Algunos se rieron por lo bajo. Cruz Palomeque ni siquiera levantó los ojos del lazo que trenzaba.

Evaristo Loza comenzó a armar un cigarrillo.

Después que lo encendió con la punta de un tizón contestó arrastrando las palabras:

—Esas son cosas mías, Santos. Yo nunca te pregunto a vos de qué pata renguías.

La clara alusión a la vieja quebradura de Santos no pasó desapercibida para ninguno de los presentes. El viejo Sandalio Gómez tosió significativamente. Del mismo modo tosía en los reñideros antes de que las aves enloquecidas se lanzaran una contra la otra entre un apretado círculo de apostadores.

Santos se puso de pie y mirando a Loza con sus ojitos irritados de chinazo le dijo:

—No podés negar el color. Ansina mesmo son tus contestaciones.

Fue entonces que intervino don Cruz Palomeque. Era su costumbre. Pocas veces hablaba pero si era necesario evitar una reyerta no tardaba en hacerlo.

—Les via contar algo que me pasó una vez. Es algo pa' que les sirva de ejemplo. A veces peliar es una cosa qui hacemos al verdadero ñudo. ¹

El auditorio se aprestó a escuchar y los casi inminentes peleadores volvieron a sentarse inmobilizados por oportuna atención.

—Una vez yo pelié, como les decía, al verdadero ñudo. Jue hace muchos años. Yo era un pichoncito que ricién empezaba a emplumar pero me las tiraba de muy macho. Una noche goavía del boliche de don Mamerto Aizaga. Atravesaba, pa' ganar tiempo, el campo de los Gorosito, por la costa del Raíces. Iba a pasar el puente viejo cuando veo un caballo alazán rabicano y un mocetón al lau acomodándole las bajeras pa' ensiyar.

El negro Loza lo interrumpió socarrón:

—Debía ser clarita la noche, don Cruz.

—Como de día, moreno. Se veia tuito muy claro, clarito. El hombre estaba, como les dije, arreglando las bajeras. Cuando yo crucé, al tranquito, me chistó:

—¿Tiene juego, mocito? —me preguntó. Busqué los jósforos en el bolsillo 'e la blusa y me acerqué tendiendoselós.

1 Inútilmente.

El hombre alargó la mano y les juro muchachos que casi me caigo muerto de mi tubiano. El paisano aquel tenía debajo del sombrero un pañuelo a cuadros que le tapaba la cara.

En lugar de apurar el cabayo y juir le salgo preguntando:

—¿Hizo noche por aquí, cumpa?

El hombre se acercó a mi tubiano y dio un tirón de las riendas que me quemó las manos.

—¿Por qué conversás tanto, guachito? —me dijo—. Aura vas a tener que acomodarte. No me gustan los preguntones.

—¿Acomodarme pa' qué? —le pregunté medio ju-lepiau.

—Pa' peliar, pendejo —me contestó con una voz ronca que no me gustó nada. Se apartó el pañuelo un poquito y vide un par di ojos que relumbraban fierazo.

—¿Y vas a peliar o no? —insistió—. A mí no me gusta carniar ovejitas.

Yo tiritaba como un perro mojav. Y más cuando ricordé que nu había alzau cuchiyó.

El hombre mi agarró di una pierna:

—Abajate, maula, o te degüeyo sin asco.

Pensé entonces que me tenía que jugar el cuero sin güeltas. Me enrosqué la lonja de la guacha ¹ en

1 Rebenque. (N. del E.)

la muñeca y me dispuse a peliar con el cabo qu'era de fierro forrau con cuero crudo.

Antes de que el hombre me desafiara por tercera vez me descolgué del pingo por el lau contrario al qu'él estaba. Me buscó encogiéndose. Vi qu'en la mano zurda le briyaba la hoja de una señora fariñera. Mi amagó un viaje que si mi agarra me bandea de lau a lau. Yo güen vistiador comu era, me li hamaqué con un guachazo flor por la piojosa. Les garanto que cualisquier cristiano no se para más con una caricia d'esas. Pero el muy ladino ni mosquió. Eso sí, le sonó la cabeza como si hubiera estau güeca. Como un sapayo seco y vacío.

Le saqué el cuerpo a utra puñalada de las que no s'empardan y le prendí otro guachazo que lu hizo trastabiyar. No me pudo cortar el muy perro, pero yo, en cambio, le pegué tantos guachazos que se me cansó la mano. Y siempre me parecía qu'estaba batiendo cuero. El bicho aquel parecía un cascarudo vaciauí. Peliamos casi hasta el día. Yo siempre firme al lau de mi tubiano, sacando el cuerpo a cada puñalada como nunca me tiraron. ¿Y saben cómo terminó la pelea? Yo me estaba cansando y había juntauí mucha rabia. Revolié la guacha con tuita mi fuerza y se la sacudí por el mate. ¿Y no quedrán creer? Voy y le saco la cabeza limpita.

El hombre se la manotió desesperau pero ya no tenía nada arriba 'el cogote.

La cabeza salió rodando por el suelo, echando juego por los ojos y cayó en las aguas del Raíces, largando humito.

El hombre que, como comprenderán, no podía gritar corrió unos metros atrás de la cabeza cuando entuavía rodaba. Al hundirse eya en l'agua cayó de rodiy as y levantó las manos al cielo.

Yo monté mi tubiano, lo talonié com'un loco y salí juyendo. Al otro día golví pero ya nu había nada, ni una seña de lo que había pasau ayí. ¡Pelea vieja al ñudo!

—¿Al ñudo? —interrogó el negro Loza con la voz un poco quebrada.

—Claro qui al ñudo. ¿Te parece lindo pasarse una noche entera peliando sin hacerle sangriar un poco la jeta a un camorrista d'esos?

—Pero es qu'ése debe haber sido el diablo, don Cruz...

—Por lo mesmo, moreno. ¡Desperdiciar guachazos tan lindos!

Afuera había dejado de llover. Entre las nubes deshilachadas corría vertiginosamente el amarillo disco de la luna.

El sanjorge

¡Oh casa, mi casa! ¿Por qué me dejaste partir?

LUBICZ MIŁOSZ (Insomnio)

CON LOS PIES DESCALZOS y hablando en voz muy baja nos aventuramos por el silencioso corredor de limpias baldosas coloradas. Era la hora de la siesta — tan respetada por el inexplicable mundo de los mayores— y nuestros padres dormían.

Inútiles habían sido las prevenciones de nuestra madre y su advertencia muy sutil acerca del enorme peligro que entrañaba la vecindad de los teyuces, la solapa, los duendes y otras muestras de su nutrida mitología casera.

En una oportunidad había pasado por entre nuestros pies, haciéndonos cosquillas en los calcañares y veloz como una centella, un enorme lagarto azul...

No sabíamos muy bien qué clase de bicharraco era aquél. Mi hermana María lo asimiló enseguida al mundo mítico de las advertencias maternas:

—Eso debe ser la solapa.

—Parece mansita —acotó mi hermano Raúl y levantando la mano en que llevaba la honda agregó convencido:

—Yo puedo liquidarla de un hondazo.

La solapa nos resultaba pues un infeliz animalote disparador. Más allá del trebolar, en el monte de paraísos, nos esperaban los huevecitos de colores, la dulce raíz de los macachines y el viejo nido de hornero, blanco preferido para la práctica de la honda.

Pancho, como siempre, venía con nosotros. Era el inseparable compañero de nuestras correrías. Resulta difícil olvidar su desmañada figura de perrazo criollo con los ojos lacrimosos de fidelidad y las orejas caídas y pródigas como las de un congénere de trapo.

Mi padre había encontrado al pobre perrazo ove-ro casi muerto de hambre en la Tapera de los Porteños, a la vera de un ombú secular.

Don Indalecio Lúbich, vecino nuestro, que visitaba a mi padre el día que llegó Pancho, le arrojó riendo un terrón. Era tal la hambruna del infeliz que se tragó el cascote sin masticarlo.

Pancho quedó en nuestra casa y se convirtió en un amigo dilecto.

Cuando las aguas de la pequeña laguna cercana amenazaban evaporarse totalmente en épocas de sequía nosotros seguíamos a Pancho hasta el último charco de agua. Allí se refugiaban los desventurados bagres amarillos, las agonizantes palometas, las tarariras postreras que las crecientes de tiempo atrás habían arrastrado desde el San Antonio. Pancho metía la cabeza entre el agua barrosa y sacaba los

♦ La majada del cielo

acorralados peces de plata y oro, retorciéndose desesperados en el aire ciego del estío.

Pancho murió por culpa de una víbora de dos cabezas —la diabólica lombriz gigantesca que vive entre la tierra—, cuando, obedeciendo nuestros designios, escarbaba angustiosamente en un vizcacheral. Pero esa es otra historia y ahora quiero seguir adelante con la aventura del sanjorge.

Ya llegábamos al monte de paraísos, ya pisábamos su recinto sagrado, cuando un grito de nuestra madre llegó a nuestros oídos:

—¡Chicooooooooos...!

Y enseguida el corolario lógico del llamado:

—Ya van a ver con su padre...

No era necesario agregar absolutamente nada y con la terrible amenaza pendiendo sobre nuestros destinos inmediatos emprendimos el camino del retorno.

Una cigarra comenzó a cantar, sin temor de ser interrumpida, en el monte de paraísos.

Entramos. Los talones sonaban lúgubrementemente sobre el embaldosado.

Desde los sombríos vericuetos de la arboleda que rodeaba la casa, una gran avispa de alas rojas —un sanjorge— se elevó, levando fango en las patas, hacia las enjalbegadas vigas del techo del corredor.

Miramos de reojo el vuelo del zumbante insecto. En aquella época las grandes avispas de alas rojas revestían para nosotros características tremendas.

Más que a la solapa, más que a los teyuces, más que a los toros bravos del campo lindero, temíamos a la picadura del sanjorge. Nuestra madre, para mantenernos quietos, nos había asegurado que esa picadura era mortal.

La especie había sido confirmado por la autorizada opinión de don Liberato Maidana, el viejo podador. No había pues ninguna duda al respecto.

Creer en el carácter mortal de una picadura más que en la existencia de los teyuces se ajustaba a nuestras reacciones de chicos nada tontos.

Por eso lo que ocurrió esa tarde fue trágico y abrumador —atroz en una palabra— dentro de nuestro mundo infantil hecho con pequeñas creencias y grandes sueños.

La avispa, por una extraña fatalidad, golpeó contra una viga y cayó junto a los pies de mi hermano Raúl. Lo vimos empalidecer. Su boca no articuló una sola palabra y sus ojos se clavaron, como los de un hipnotizado, en la asesina de alas rojas.

—Me picó, muchachos —musitó con voz quebrada.

La revelación era realmente terrible. Mi hermano, a continuación, se dejó caer al suelo como vencido por semejante evidencia.

No había palabras para expresar lo que sentíamos, y permanecemos mudos.

Como si fuera víctima de una extraña alucinación, pensé que al fin habíamos chocado con el impe-

♦ La majada del cielo

netrable destino en que todos los días queríamos desembocar, recorriendo los dilatados territorios del verano.

María se arrodilló junto al caído y le tomó una mano. Vi que por el rostro empalidecido de mi hermano rodaban dos gruesas lágrimas.

Así, silenciosamente, expresando en lentas mímicas el pavor que nos acometía, lo ayudamos a incorporarse.

Cuando estuvo de pie comenzamos a despedirnos. El nos abrazaba muy convencido de que pronto dejaría de vernos definitivamente.

La avispa, entre tanto, había levantado otra vez el vuelo para proseguir construyendo su nido de barro.

Sosteniendo a Raúl, uno de cada lado entramos a la casa como quienes retornan de un frente de guerra.

En un extremo del corredor apareció la figura de mi padre, que en esos momentos se nos antojó más tutelar que justiciera.

Mi hermana se adelantó toda estremecida, y le dijo casi al oído:

—Raúl se va a morir...

—¿Se va a morir? ¿Qué ha pasado?

—¡Lo picó un sanjorge!

Yo sostuve más firmemente a mi hermano, que sonreía con tristeza resignada.

La carcajada que lanzó mi padre nos sorprendió de verdad:

—Es una avispa como cualquiera —dijo—, lo que pasa es que ustedes le creen todo a don Liberato, y don Liberato los farrea de lo lindo.

En ese momento no pensamos en aclarar que desde nuestra madre hasta los chicos de la escuela, todos habían contribuido a fortalecer la convicción ahora derrumbada.

Mi hermano, con una sonrisa a medias feliz y todavía indeciso, se miró el talón izquierdo. La picadura, más inofensiva que la de cualquier insecto vulgar y silvestre, no había dado lugar ni siquiera a una roncha.

Han pasado casi veinte años y mi hermano Raúl ha muerto su muerte real. Ha muerto en plena juventud, aquí en la ciudad portuaria, indiferente y tentacular, a la que un día llegamos todos nosotros llenos de ilusiones.

Ha muerto sin quejas, con viril resignación, mientras a su alrededor cundía el dolor sin nombre. Él, que tanto amaba la vida, la dejó con una leve sonrisa que florecía melancólica más allá del pavor y la angustia.

El día de su entierro, sobre el coche fúnebre, negro y brillante, cubierto de flores blancas, me pareció ver volar, en el aire translúcido de la primavera, al sanjorge. Me pareció verlo pasar raudamente sobre nuestras cabezas, con sus alas rojas, como en los días lejanos de la infancia...

La majada del cielo

Un solo adarme de mezcla quita valor
al metal más precioso y lo envilece.

SHAKESPEARE (Hamlet)

ARRIBA, EN EL CIELO DE OCTUBRE, las nubes superpuestas parecían infinitas y nerviosas pinceladas. Algo así como un turbión de pequeñas olas blancas inmovilizadas en su avance por un poder inexplicable.

Crisanto Aparicio, recostado en la tranquera de ñandubay, pulida por el tiempo, se enteró vagamente de que algún angelito había muerto en el distrito, pero su pensamiento no se detuvo demasiado en aquella certidumbre fundada en un contorno atávico de agorería y candor. Su pensamiento quería volver otra vez a Nemesio Ponce. La cara sombría y taimada del mulato, surcada por el frío relámpago de la cicatriz, se le prendía, obsesiva, en los vericuetos de la memoria como un abrojo seco en la crespada lana de los corderos. Levantó otra vez los ojos al cielo y miró las nubes largamente. Eran nubes amontonadas, nubes igualitas y pegadas unas a las otras como si fueran una enorme majada descansando bajo el tibio sol primaveral. Nubes que le recordaban los vellones amontonados junto al corral, ahora, en el tiempo de la esquila...

Campo de ovejas el que se extendía delante de sus ojos. Y cielo de ovejas. La lana, los balidos extrañados en la soledad, la ofensa de Ponce, todo se encadenaba empecinadamente en ese recordar, imposible de eludir.

Delante del patrón y de todos los peones el mulato había hecho provocativas alusiones al episodio infamante. Con la jeta torcida por una sonrisa burlona le había preguntado:

—¿Dónde dejaste el tumberito verde?

Y después, como remate, había agregado entre el sonriente estupor de los presentes:

—¿Vos te empachaste alguna vez cuando eras gurí?

Las preguntas insidiosas aludían, y eso lo sabía muy bien Crisanto, a cierta historia en la que intervenía su pobre abuelo ya finado.

Como si hubiera querido mantener vivo su rencor dejándose invadir por los recuerdos del pasado, Crisanto, entrecerrando los ojos trató de evocar la presencia física de su abuelo don Nicomedes Aparicio en el tumberito verde y cubriéndole la cabeza el sombrero blanco de alas anchas y cinta de cuero. Nítidos se hicieron presentes en su rememoración el raído chiripá de bayeta que usaba el viejo y las desteñidas botas amarillas medio desclavadas.

Don Nicomedes había sido durante años puestero de la “Santa Eulalia”. En los ranchos donde vivía, hoy tapera, lo acompañaban su nuera, su hijo Ante-

♦ La majada del cielo
nor y unos cuantos nietos entre los que se contaba
Crisanto mismo.

Pocas veces salía el viejo del campo en su famoso tumberito verde, tirado siempre por un escuálido caballo moro lleno de mataduras. Cuando lo hacía era para realizar algunas compras en el boliche de Lú-bich o para llevar alguno de sus nietos a doña Domitila Castro, la vieja curandera de Costa del San Antonio.

Cierto día de aciaga memoria don Juan Bautista Vilar, el dueño de la “Santa Eulalia”, muy joven entonces, recorría el campo con su capataz y algunos peones y se encontró con don Nicomedes. El viejo estaba con su tumberito verde, ahí, junto a esa misma tranquera de ñandubay en la cual se recostaba hoy su meditabundo nieto. En el brazo izquierdo sostenía don Nicomedes un niño envuelto en un poncho negro.

—¿Alguno de sus nietos? —preguntó gentil don Juan Baustista.

—Sí —respondió algo confuso don Nicomedes—, es el Toribio qui anda empachau y lo yevo a doña Domitila pa’ que lo mida...

—Eya enseguida le quiebra el empacho —acotó uno de los peones.

Antes de que don Juan Bautista dijera una sola palabra más ocurrió algo imprevisto. De entre el negro envoltorio surgió lastimero y entrecortado el baido de un cordero. Se aflojó el abrazo del viejo y,

♦ La majada del cielo

aprovechando la tregua asomó, pascual entre los pliegues oscuros, la blanca cabeza del animalito. Confundido, don Nicomedes dejó caer el envoltorio y el cordero, medio entumecido, se alejó a pasitos.

Ante la mirada inquisitiva del patrón don Nicomedes buscó justificarse con voz temblorosa:

—Mire patrón, yo siempre yevo alguno de mis nietos a la médica pero como no me suebra la plata pa' pagarle saco del campo uno que otro cordero y se lu hago yegar ansina, medio desimulau...

Don Juan Bautista, muy erguido sobre el recado y puesto en su papel de señor campesino, le dijo entonces con cierta generosa severidad:

—No se aflija, don Nicomedes. Yo sé muy bien qué clase de hombre es usted. Pero cuando necesite algo me lo pide a mí nomás.

El episodio, por boca de los testigos, se difundió rápidamente e ingresó, con todos los honores, en la dilatada mitología de la Costa.

Crisanto recordó los días de la escuela, días amargos con el grito siempre agresivo de los otros muchachos acosándolo sin descanso:

—¡Empachau, empachau, empachau...!

Ahora Ponce lo había arrastrado de vuelta a todo aquello que ya parecía olvidado. La cosa ocurrió la noche antes en el galpón principal de la “Santa Eulalia”, cuando Ciriaco Quinteros el contratista consiguió permiso de don Juan Bautista para que los es-

♦ La majada del cielo

quiladores se divirtieran un rato después de la churrasqueada.

Había dos paisanos con guitarra y dos gringos acordeonistas de los hornos de carbón. Crisanto había terminado de bailar un gato con Pancha, la hija de la cocinera de los peones, cuando se acercó el mulato maldito y empezó sus provocaciones:

—¡Muy bien empachau!

Un aletazo de furia primitiva lo había enceguedo un segundo y su mano había volado al cabo de asta de su facón. Pero desde la puerta lo inmovilizó la presencia de don Juan Bautista que contemplaba sonriente la improvisada reunión. Él no podía faltar el respeto a su patrón. Los cabellos blancos y el severo empaque de aquel hombre que era como su padre le impedían castigar al insolente. Por eso, al insistir el mulato entre las carcajadas cada vez más hirientes de los presentes, había salido del galpón sin contestar una palabra.

Ahora la evocación de aquel momento lo enardecía cada vez más. Miró otra vez hacia arriba antes de buscar su caballo que lo esperaba, rienda arriba, junto a un espinillo. Desde aquel cielo sin ángeles esquiladores que molestaran su quieta majada, fluía un hálito de rencor que buscaba introducirse en su pecho. Eran lindos en verdad aquellos campos del cielo en los cuales los pobres no necesitaban robar corderos. Crisanto saltó limpiamente sobre el recado y enderezó al galope hacia la estancia. Al otro día comenzaba la esquila.

La “Santa Eulalia”, con el frente de su construcción principal despedrado desde tiempo atrás por un rayo, se levantaba ahora como un desafío a la vastedad de esos campos recorridos por toda clase de hacienda. Eran ciertamente campos buenos para el ganado aquellos de los Vilar. El Campo de los Toros, el Campo de la Llave, los Campos de la Perseverancia. Campos que conservaban sus viejos nombres coloniales y en los cuales pastaban, junto a las blancas majadas, los animales vacunos y los yeguarizos de todo pelaje. Eran campos ricos, con buenas aguadas, bordeados por grandes montes en cuyo corazón los hachadores gringos levantaban sus hornos de carbón. Campos que se extendían hasta los extensos bañados y rinconadas de la costa del Gualeguay, el Río del Tigre, traicionero y murmurador entre sus playadas de arena blanca. Y aún allí, entre los pajonales filosos y el agua estancada de los bajíos, el Rincón de las Coloradas levantaba su porción de tierra alta y herbosa, su pequeña península habitada por las guampudas vacas cimarronas y la sigilosa yarará...

Crisanto Aparicio, de pie en la puerta del galpón, contempló, como quien lo hace por última vez, el alucinante verdor de los campos y el corral de palo a pique, en el cual se amontonaban las ovejas. Muy cerca de allí se habían distribuido los esquiladores con los brazos desnudos y esgrimiendo las filosas tijeras como si fueran los símbolos de algún extraño ritual.

El sol brillaba esplendoroso en el azul purísimo del cielo y los chillidos de los pájaros, entre la fronda oscura de los paraísos, empujaban a la faena, a la fertilidad y al júbilo.

El griterío de los hombres y de las mujeres se mezclaba con el balido de las ovejas que diez o doce muchachos atrapaban en el corral tomándolas de las patas, y con el ruido metálico de las tijeras al cortar la blanca y ensortijada lana sin causar al animal el más leve rasguño.

Los perros husmeaban por entre los vellones amontonados hasta que las mujeres y los niños se acercaban para llevar a los galpones la liviana carga.

En el campo ondulado, que salpicaba cruenta la flor de la verbena, galopaba en círculos y como sumándose a la conmoción general, el padrillo alazán ruano seguido por la dócil yeguada y haciendo flamear al aire su larga cola rubia.

Crisanto, con paso tranquilo, se acercó a los esquiladores. La risa en cierto modo procaz de Ponce se escuchaba claramente entre el bullicio. Cuando la mano fatídica de Crisanto lo tocó en el hombro, el mulato levantó el rostro sorprendido, que la cicatriz afeaba.

—Salí al campo porque voy a peliarte —musitó Crisanto y miró en dirección a los montes.

Sabiendo que ya no podía eludir aquel destino en que él mismo había querido desembocar, el mulato

Ponce se puso de pie desganadamente y arrojó la tijera entre los perros. Era un paisano grandote y no tenía aspecto de flojo. Crisanto pensó que la pelea iba a ser linda.

Ponce, con su pañuelo de espumilla granate alrededor del cuello, su faja negra y las amplias bombachas orientales que casi lo trababan al andar, siguió sin titubear a Crisanto. Ambos, con secreta ferocidad, tanteaban el cabo de sus facones. Se alejaron sin que nadie se diera cuenta de nada. La esquila prosiguió pues alegremente en la “Santa Eulalia”.

Cuando llegaron al bajo sin haber cruzado una palabra, los dos hombres se prepararon para pelear.

El mulato Ponce se despojó de las alpargatas y así, descalzo, con los dedos de los pies casi agarrándose de la tierra nutricia, desnudó su facón y esperó el ataque de Crisanto. El choque de las filosas armas no tardó en producirse. Ambos contendientes conocían bien el manejo del cuchillo y la salvaje esgrima de los campos llenó de veloces centelleos la plenitud del mediodía.

La superioridad de Crisanto Aparicio era evidente. Ante la fiera eficacia de su ataque Nemesio Ponce empezó a retroceder. Paraba como podía las puñaladas feroces que buscaban herirlo en el corazón.

En los ojos de Crisanto la determinación de matar irradiaba su sombría lumbre. Un hachazo cierto se llevó de repente la oreja izquierda de Ponce y otro le mutiló la nariz.

En un ciego molinete de muerte el arma vengadora cargaba de hacha y punta.

Bañado en sangre Ponce ya casi no cambiaba golpes. El paisano visteador de los galpones de la “Santa Eulalia”, el hombre corajudo que debía tantas muertes ya no podía más frente al nieto de Nicomedes Aparicio que lo llevaba a la muerte, ciego y ominoso como la fatalidad.

La voz del mulato, gangosa de cansancio, de certidumbre, atravesó la máscara de sangre:

—¡Pará un momento Aparicio! ¡Dispués la seguimos!

Crisanto, como si no hubiera escuchado nada, lo hacheó ferozmente.

Echando el resto el mulato saltó hacia atrás y arrojándose al suelo rodó unos metros sobre la hierba. Se puso de pie velozmente y con la mano izquierda sacó un pequeño envoltorio que tenía entre la faja.

—¡Son rimedios pa’ mama! —gritó.

Crisanto se detuvo entonces y esperó.

—Son rimedios pa’ mama —repitió con más lentitud el mulato—, yo se los iba a yevar dispués de terminar el trabajo pero se me hace que no voy a poder dir.

Crisanto, silencioso, lo escuchaba. Con la voz entrecortada por la fatiga Ponce prosiguió:

—Vos sabés que mama tiene un tumor que se la está comiendo. Esta mañana le traje unos rimedios

del pueblo porque los que tiene ya se le están terminando.

Arrojó el paquete sobre el pasto y agregó:

—Si me matás yevaselós vos. Esto la alivea mucho a la pobre...

Crisanto Aparicio miró el paquete caído y se puso nuevamente en guardia.

—Perdé cuidau Ponce —dijo con gravedad—, los rimedios pa' tu mama se los yevo yo pero... ¡Aura seguí peliando porque en el otro mundo quieren conocer esa historia del gurí empachau!

Otra vez se entrechocaron los facones y la respiración jadeante de los dos hombres se dejó escuchar.

Desde lo alto de la loma un jinete que galopaba hacia la estancia los vio arrojar el uno contra el otro con terrible saña.

El jinete sofrenó su caballo y lo volvió después hacia el lugar de la pelea. Desde allí no podía identificar a los hombres que peleaban. Vio, antes de llegar, que uno de los dos rodaba herido de muerte.

El jinete volvió a detener su cabalgadura porque un criollo sabe bien lo que son esas cosas de hombres y prefiere mantenerse al margen si no es parte interesada.

El matador se inclinó y levantó algo del suelo. Miró en dirección al jinete y luego, con mucha tranquilidad, limpió la hoja de su facón en la blanca lana de un cordero que estaba ahí cerca y después se dirigió lentamente a los montes.

La majada del cielo
y otros cuentos de Costa del San Antonio
Por Juan B. Aguilar Torres

Edición original
Copyright © Grupo Editor Argentino, 1963

Revisión y edición digital
Copyright © In Octavo, 2021